

Las Bienaventuranzas con las que Jesús inicia el *Discurso de la Montaña* son una síntesis del mensaje evangélico y una luminosa descripción del camino por recorrer para alcanzar la perfección, y la felicidad eterna, a la que todos somos llamados por Dios (cf. Mt 5,48; 1 Tim 2,4; Tit 2, 11-14).

Pero antes de ser una “ley” son un retrato de Dios, de Jesucristo, de su Iglesia y del ser humano. Las leyes humanas son imposiciones sancionadas con penas. Jesús anima a cumplir la voluntad divina prometiendo la felicidad. Él mismo puso de relieve esta diferencia al afirmar: *mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11,30).

El ideal del ser humano es la *Felicidad*. Sabemos que no se identifica con las satisfacciones de este mundo. Dios nos llama a una meta más alta. Y nos muestra el camino para alcanzarla. Evidentemente el camino es Jesús mismo: Jesús nos invita a ir a Él: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11, 28s).

Las Bienaventuranzas son los peldaños de la escalera que une esta tierra al cielo. Son la nueva escala de Jacob (cf. Gen 28,12; Jn 1,51).

1. BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU

El desinterés de los bienes de la tierra es condición para seguir a Jesús. *Quien no renuncia a cuanto posee no puede ser discípulo mío* (Lc 14,33). En efecto, los llamados al apostolado lo dejan todo (Lc. 5,11. 28). Él, *siendo rico*, por derecho de naturaleza, *se hizo pobre para enriquecernos de bienes espirituales* (2 Cor 8,9). Él no mentía al decir que no tenía casa: *las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (Mt. 8,20; Lc. 9, 58). En el Calvario fue despojado hasta de las ropas, que los soldados se repartieron.

2. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Los mansos son señores de sí mismos. El Salmista anunciaba que *Los mansos poseerán la tierra y gozarán de una gran paz* (Sal 36,11). En el libro de Isaías se anuncia a un siervo de Dios que *No gritará, no alzaré la voz... no partirá la caña quebrada, no apagará la mecha mortecina* (Is 42,2s).

Jesús pasa haciendo el bien, y venciendo el mal con el bien (cf. Mt 12,21). Es manso y humilde de corazón. de corazón (Mt 11,29). Por eso puede exigir la mansedumbre: *Sabéis que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os digo; no resistáis al mal; antes bien si uno te abofetea en la mejilla derecha ofrécele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos* (Mt 5, 38-41).

3. BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

La sabiduría de Israel afirmaba: *Más vale llorar que reír— afirma el Eclesiastés— pues tras una cara triste hay un corazón feliz. El corazón del sabio está en la casa de luto y el corazón del necio en la casa de la alegría* (Ecl 7,3s).

Jesús sabe que la vida es dura y que los que le sigan serán perseguidos como lo fue Él. Pero sabe también que las lágrimas nos ayuda a aclarar la vista.

La promesa de esta bienaventuranza anuncia el consuelo de Dios. Dios se hace paráclito, es decir, consolador.

4. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

La palabra “*justicia*” en la Biblia significa , santidad e integridad moral. Así que *tener hambre y sed de justicia* significa vivir en la insatisfacción de la presunta integridad de este mundo. Esta es la bienaventuranza de la esperanza.

La alusión al hambre y la sed evoca las necesidades profundas del ser humano. El anhelo de Dios y de su justicia no puede ser una simple veleidad. Frente a los deseos humanos, se impone el deseo de Dios. El es el bien supremo, la suprema verdad y la suprema belleza.

Sólo Dios puede calmar nuestra hambre y nuestra sed. Dios nos ha hecho para él y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en él, como escribió San Agustín.

5. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Dios se presenta a Moisés como el Compasivo y misericordioso. Su misericordia y su fidelidad se encuentran por los caminos del mundo.

Jesús nos invitó a ser perfecto, es decir, misericordioso, como el Padre celestial. Y él mismo se compadeció de las multitudes hambrientas.

Además, se ha identificado con todos los que sufren. En eso consiste el criterio por el que seremos juzgados: *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y de disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme* (Mt 25, 35s).

El premio que se nos ofrece es la misericordia de Dios: *porque alcanzarán misericordia*. Dios se compadecerá y perdonará nuestras enormes deudas, pero nosotros hemos de ser testigos que hacen presente su misericordia perdonadora (cf. Mt 18, 23-35).

6. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZON

El salmista invocaba el perdón de Dios que limpia y purifica: *Rocíame con el hisopo, y quedaré limpio, lávame, y seré más blanco que la nieve* (Sal 50,9).

Ante la hipocresía de los fariseos, Jesús declara que la limpieza del corazón es más importante que la limpieza de los vestidos o de los vasos.

La limpieza que Jesús glorifica puede identificarse con la verdad y la cristalinidad de la persona. Sólo los ojos limpios pueden ver a Dios ya desde ahora para poder verlo en la eternidad de la convivencia de amor que se nos promete.

7. BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS

Los pacíficos no son los tranquilos y los sosegados, los apáticos y los que optan por vivir apartados del mundo. Tampoco son los pacifistas aun a costa de ocultar la verdad de la fe, de renegar de la esperanza y de traicionar las exigencias de la caridad.

Según los profetas, los impíos no pueden tener paz (Is 48,22; 57,21). En el nacimiento de Jesús, los ángeles anuncian la llegada de una era de paz (Lc 2,14). Jesús la deja en herencia a los suyos la noche de su despedida (Jn 14,27) y la convierte en saludo habitual después de su resurrección (Lc 22,23.36; Jn 20, 19.21.26).

Los promotores de la paz serán reconocidos como hijos de Dios, que, por ser amor, es la fuente última de la paz

8. BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS POR CAUSA DE LA JUSTICIA

Hay que distinguir al apóstata del apóstol. El primero reniega del evangelio por conservar su vida. El segundo está dispuesto a entregar su vida por el evangelio.

Hoy son muchos los que, seducidos por los bienes u la fama de este mundo, abandonan a su Maestro, como hicieron los discípulos primeros.

Pero Dios es fiel y espera que aquellos a los que ama, le respondan con su fidelidad. Esta es la hora de los perseguido, de los testigos de Dios, es decir de los mártires. De ellos, como de los pobres, es el Reino de los cielos, es decir, Dios mismo.